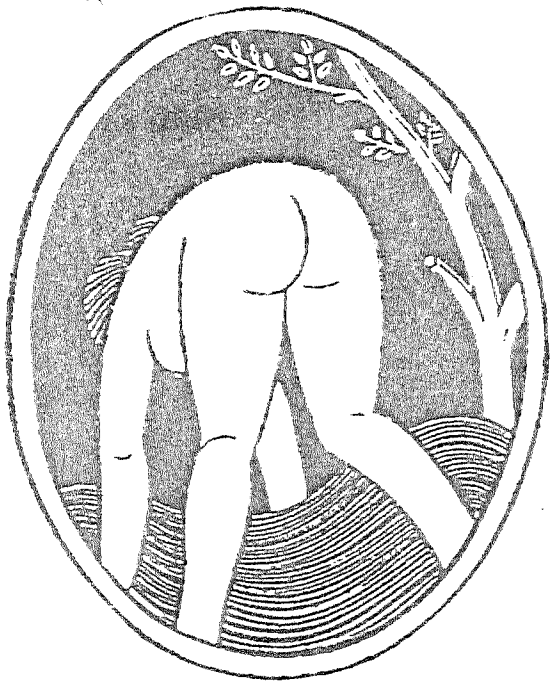


ISBN 84-87860-18-4

PVP 995

LA NOVELA DISTRAIDA

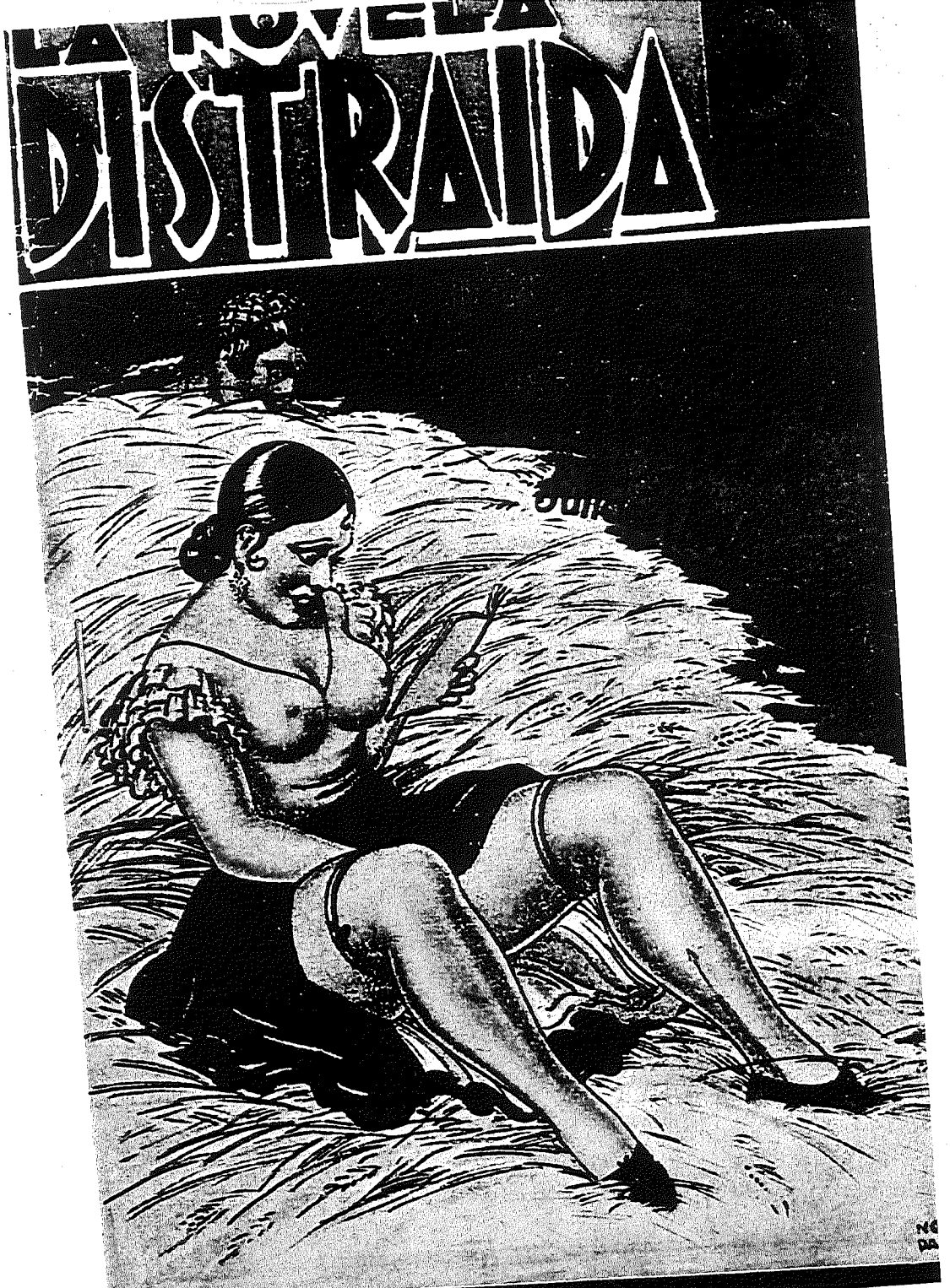
1 Portada a color!



ISBN 84-87860-18-4

PVP 995

LA NOVELA DISTRAIDA



LA VIRGINIDAD

DE

IUANITA

La Novela Distraída

PUBLICACIÓN GALANTE

Año II Núm. 38

LA VIRGINIDAD DE JUANITA

POR

JULIO ABRIL



MADRID
1998

Nº 3
de la
Colección



LOCOS
EROS
20

DEBE SABER

Pocos son los ejemplares editados de este "espejo" titulado "La virginidad de Juanita", quinientos, que tratan de ser fiel reflejo de las "aventuras" narradas hace años. Pero en este caso, como este himen no es elástico, le informamos que el ejemplar que usted tiene en la mano hace el número 401

El suscriptor de la colección, con este número, tiene derecho a recibir gratis el ejemplar del estudio seso-erótico-jocoso a cargo de Alberto Sánchez Alvarez-Insúa, que aparecerá tras la publicación del nº 11 de la colección.

La suscripción puede hacerla en su propia librería por escrito, o en la editorial. Cuando se publique el estudio se le enviará, bien a su librería, o a su propio domicilio. El ejemplar estará personalizado con su nombre.

Director colección:
Alberto Sánchez Alvarez-Insúa

©E y P Libros Antiguos, S.L.
Alonso Heredia, 21. 28028 Madrid
Tel.: +34 91 726 61 52. Fax.: +34 91 726 83 15.
E-Mail: istf0038@tsai.es
Página http://www.ctv.es/eyp
ISBN: 84-87860-18-4 DL: M-10827-98

Las novelas del abuelo

En las ferias de Libro Antiguo es frecuente preguntarnos sobre la existencia de ejemplares de las novelitas cortas que leían nuestros abuelos. Ello nos anima a emprender la reedición de algunos de estos tomos, aunque somos conscientes que sólo son dos los eruditos de la materia, y que los nostálgicos no siempre cuentan con posibilidades de comprarlas al precio que se ofrecen en este mercado. Incitar al recuerdo, posibilitar el estudio de una época es el propósito que nos ocupa. ¿Son muchos los interesados en el tema? Presumimos que no, que podemos quedarnos con casi toda la producción. Y sin embargo, pensamos que estas novelitas debían de estudiarse en la Universidad y seguidamente sabrán por qué. Eso nos lleva a editar únicamente quinientos ejemplares, que serán debidamente numerados.

En el terreno de la literatura erótico-regocijante aparecieron unas doscientas colecciones y unos veinte mil títulos, entre

los años veinte - treinta. Con algunas de ellas, autores de prestigio y famosos dibujantes, amparados en el seudónimo, conseguían el dinero necesario para comer durante una temporada. Trate de descubrir a unos y otros.

¿Qué colecciones se van a reproducir?. En principio once diferentes con cabeceras que decían: La Novela Exquisita, Inocente, Picara, Picaresca, Moderna, etc.

Al final de esta primera entrega, el director de la colección (uno de los dos eruditos en España) publicará, en ejemplar de idénticas características, un estudio seso-joco-erótico sobre la materia y que será entregado, gratuitamente, a los suscriptores de la colección. El papel escogido, reciclado, trata de ser lo más parecido al original, aunque tal vez no sea el más apropiado. En cualquier caso esperamos que a usted le parezca, al menos, agradable esta colección

LOCOS EROS 20

Los espejos y la cópula son abominables, escribía Borges. Sea o no cierto, la literatura es siempre reflejo de una época, y el reflejo es, precisamente, la propiedad de los espejos.

En el inicio de este siglo que no acaba nunca de concluir, mientras las vanguardias francesas y el decadentismo literario recuperaban el erotismo y hacían de la pornografía un elemento virulento de agresividad literaria: Alfred Jarry, Pierre Louys y Apollinaire, los españoles, que siempre acudimos tarde a todos los eventos, a lo más que llegamos era a poner en tela de juicio el celibato - López Bago - y a predicar el socialismo individualista - Felipe Trigo - y una nueva moral, relativamente libre. A ambos, los bien pensantes les ponían verdes en los cafés antes de ir a ver a la querida o a las pupilas de Madame Fifí, en la calle de San Marcos, según se entra.

Pero en 1907, Zamacois funda El Cuento Semanal y da inicio a una serie de colecciones entre las que empiezan a florecer las de contenido erótico. Hubo en ellas de todo, desde algunas muy ingenuas, firmadas por sus autores y dibujantes, otras, picaronas, en las que los responsables se escondían tras el seudónimo, esotras, verdusconas, pero regocijantes y, finalmente, las de porno duro que también las hubo. En cualquier caso, fueron el retrato exacto de una época, junto a otras obras de carácter "teórico", como los impagables sesenta tomos de los "Temas Sexuales" de Martín de Lucenay. Pero lo bueno dura poco y se acaba en 1939 con vuelta a queridas, barraganas, y casas de lenocinio ¡Un desastre!

Por eso, ahora, vamos a recuperar para regocijo de nietos y añoranza de abuelitos, un selecto joyel de aquellas novelas y colecciones en LOCOS EROS 20 facsimiladas, con sus portadas a todo color y su camisita y su canesú. Luego haremos un sesudo estudio para nuestros suscriptores y amigos incondicionales que lean estas "perlas" bibliográficas. Háganlo y comprobarán regocijados que nuestros mayores fueron, amén de verduscones, más ingenuos que el asa de un cubo.

LA VIRGINIDAD DE JUANITA

Lo de París no se fíen. La novelita que nos ocupa se imprimió en Barcelona, como otras muchas muy subidas de tono, pero como Francia fue siempre lugar de pecado, algunos cogieron la costumbre de echarle la culpa al gabacho para cubrir sus liviandades.

Y de gabachos va la cosa. En plena guerra de Independencia, Juanita se comporta como una leona. Tiene además la criatura una particularidad ya citada por el gran sexólogo de la época Angel Martín de Lucenay en sus Temas Sexuales (60 tomos), un himen elástico, es decir, que finalizado el fornicio volvía, como dicen los castizos, a su ser. Juanita no era de las que podía cantar la conocida jota: "Ay madre que me lo han roto", tan fina y tan elegante. Lo que sí podía era sumir a todos en el asombro, eso sí, de visu, porque de facto, no presentaba valladar alguno. Juanita moriría mártir y, ni que decir tiene, virgen.

La Novela Distraída

PUBLICACIÓN SEMANAL GALANTE
EDICIÓN ESPECIAL PARA ESPAÑA

Año II Núm. 38

LA VIRGINIDAD DE JUANITA

POR

JULIO ABRIL

PUBLICACIONES "LUMIERE"

PARÍS, TOURCOING. N. (FRANCIA)

En el próximo número



CAPITULO I

Esto que vas a leer, lector, no es un capricho de nuestra fantasía. Es vigorosa historia. Los nombres de los personajes y el de los lugares en donde discurre la acción, los cambiamos discretamente.

La pratagonista está a punto de ser santa; comprenderás el por qué de omitir su nombre.

I

Fué allá por los años 1788. El mundo empezaba a estar revuelto y en Francia las cosas no an-

daban bien. Unos años después estalló la Revolución.

Pero en España la tranquilidad era absoluta.

En un pueblecito de Andalucía, no lejos de Granada, vivía contenta y feliz Juanita, una muchacha de unos diecisiete años, fresca como un capullo de rosa, encendida y tierna. Sus carrillos, los de la cara ¿eh?, eran duros y sonrosados; sus ojos, negros como el azabache; su boca, húmeda y sensual, de labios glotones y gordezuelos, parecían como si siempre estuvieran pródigos en besos. Tras ellos, doble fila de nieve teñía por dientes, tan iguales, limpios y brillantes que incitaban a introducir en tal joyel la punta de la lengua, como si fuera una fruta azucarada.

Esta encantadora chiquilla, sobre tales galas lucía una espléndida cabellera rubia como el oro nuevo. Cuando la daba el sol, resplandecía en destellos y si a la sombra estaba, parecía que tenía luz propia.

Pero lo extraño de este caso, consistía en que su madre era morena, cetrina, cabal, tipo granaino, y su padre un gitano de lo más cañi.

No tenía nigún tío rubio, ni abuelo, ni pariente lejano. Era el primer caso en la familia.

Algunas mujeres de la vecindad decían que, aquel áureo color de pelo, era debido, sin duda, a que la madre de Juanita, cuando estaba preñada de ésta, se debió de asustar alguna noche al

ver a un ingeniero inglés, de unas minas cercanas, que paraba en su casa en calidad de huésped y era rubio como una candela.

¡Puede que fuera verdad. Hay sustos fatales!

( )

Juanita no sabía nada de nada. Ni leer, ni escribir, ni siquiera coquetear Era un alma de Dios.

Pero un día, hurgando entre unos papeles que había amontonados en el soberado de su casa, vió un libro extraño con unas estampas graciosas y atrayentes.

Lo contempló ruborizada y lo guardó bajo la saya de paño burdo. Temía que lo vieran sus padres o algún criado.

Salió de la casa y dijo a su madre que se iba a dar agua a las bestias.

Llegó a la era, era últimos de Julio. Hacía calor y en el reloj de la torre de la iglesia habían dado las seis de la tarde.

Se tumbó en un montón de trigo recién segado hasta quedar casi oculta.

Sacó el librito y la primera estampa la llamó la atención.

Sobre un sofá había una una dama con el corpiño desabrochado y dos pechitos como palomas

gemelas, con sus picos rosados, se ofrecían al espectador.

La dama se había arremangado la amplia falda y lucía dos muslos maravillosos, pero lo que más chocó a Juanita fué que aquella señora tan guapa ponía los ojos en blanco y tenía una mano entre los muslos y un dedo de esa mano oculto en el vértice, bajo el vello exquisito, aplastado por la palma de la mano.

Sin darse cuenta de lo que hacía se subió el refajo y las enaguas, entreabrió el pantalón e hizo lo mismo que veía hacer.

¡Era la primera vez, lector! Creyó morir. Con un gran instinto bordó aquella faena, quedando desfallecida de placer.

Descansó y siguió pasando hojas. La segunda lámina era aún más tentadora que la primera.

La misma dama estaba abierta de par en par. Ante ella, un señor de barba negra se levantaba la camisa con una mano mientras que con la otra empuñaba una cosa que a Juanita le pareció al pronto la maja del almirez, pero fijándose bien vió que era mayor y más recia, con una punta redondeada, rojiza, de un tamaño aproximado a un tomate mediano.

Sin darse cuenta de lo que hacía se mojó el dedo con saliva y volvió a la deliciosa caricia de su amoroso nido, frotando aquella fresa que tanta delicia le causaba.

Cuando empezaba a nublársele la vista, algo se movió al lado de ella.

Se asustó, fué a dar un grito, pero una mano se apoyó en su boca y otra mano se posó entre sus muslos, impidiendo que la suya consumara el acto.

—¡Tú! ¡Eres tú, Miguel!

—Sí, yo soy, Juanita. Te he visto y venía a tu lado para hacerte compañía y contarte cuentos como otras veces.

Miguel era un chico listo. Hacía de sacristán y tocaba un poco de órgano. El órgano de la iglesia por que este otro órgano que tocaba ahora lo hacía a la perfección.

Juanita estaba sin saber qué hacer. Al fin tuvo fuerzas para decir:

—Miguel, quita la mano y vete, nos está viendo Dios.

—Vaya, tonta, está de espaldas, no nos vé. No se mete en estas cosas.

¿Qué lees?

Juanita cedió. Allí no les podía ver nadie y se tranquilizó.

¡Miguel tenía razón! Le enseñó el libro y a Miguel le dió un vuelco el corazón.

—¿Es la primera vez que ves esto, Juanita?

—Pues ahora lo verás al natural.

Y Miguel sacó algo largo y duro que no acababa de salir.

—Sí. No sé lo que es, pues ahora lo verá al natural.



...una mano se apoyó en su boca y otra mano se paró entre sus muslos

Juanita lo contempló absorta. Lo tomó en sus manos y quería darle vueltas como si fuera un muñeco, pero Miguel la hizo ver que aquello estaba unido por su base a dos gruesas bolas rollizas y duras.

Su emoción era tan grande que las palabras se le atragantaron.

El sacristán se puso sobre ella y ciego de lujuria apuntó certeramente. Juanita contemplaba el cielo y veía a las golondrinas perseguirse en el espacio azul.

Notó cómo la empujaba algo candente entre sus muslos y abrió aún más las piernas para dar paso al huésped.

Un embite más oportuno que el anterior hizo que aquella monstruosa pieza lograra introducir su cabeza como un tomate.

Pero enmedio de su obcecación observó que Juanita no lanzó el clásico grito. Siguió empujando sin darle mucha importancia y penetró toda entera hasta unirse el vello de ambos.

Juanita perdía el sentido. ¿Cómo resistir aquello sin ella haberse dado cuenta antes?

Instintivamente movía sus caderas rítmicamente, acompasando sus movimientos a los del sacristán, ducho en aquellos menesteres, pues él y el cura eran consuelo de más de una casa.

Buscó Miguel la fresca boca de Juanita y la encontró entreabierta, húmeda y fragante. Sus len-

guas se tocaron y en aquel momento sintió Juanita un chorro de fuego que le bañaba en delicioso éxtasis.

Sintió que el corazón se le paraba y un temblor inefable la recorría la espalda coincidiendo todo su placer en el nido abrasador.

Quedaron un momento quietos y se miraron a los ojos enloquecidos.

Pero, ¡oh milagro!, el tallo de Miguel seguía tan flamante, erguido y duro como hueso de rueca.

Al poco tiempo inició unos molinetes cadenciosos y uno y otro sintieron renacer sus ansias de placer repitiendo la suerte con el mismo éxito que la anterior.

Pero esta vez, ya sea porque tardaron un poco más, ya que Miguel bordó la faena, el caso fué que Juanita sintió que se le iba la vida y sus piernas trenzaron las del sacristán casi imposibilitándole todo movimiento y gozaron brutalmente hasta sufrir dolor que aumentó el goce.

¡HAY QUE VER, SEÑORES, HAY QUE VER!

¡Mi madre que éxito!

¿Ustedes conocen ya

LOCOS EROS 20

¿No? ¡Pero si es la gloria de las glorias!

Compren, compren enseguida los números que han aparecido.



Cada numerito,

muy ilustradito

CAPITULO II

Juanita volvió a su casa un poco cansada y Miguel corrió como borracho al campanario para tocar la campana y llamar a las beatas al rosario.

Aquella noche contó el caso al cura.

—Le juro a usted, don Ricardo, que es un milagro.

—Mira, Miguel, ahora los milagros no existen.

—Pues éste es verdad. Ni un grito, ni un gesto, nada. Y estoy seguro que es la primera vez.

—Sí, de eso puedes estar seguro. Juanita no ha tenido roce de varón hasta hoy. Yo soy su confesor y estoy seguro que, a no ser por ese libro, ni se hubiera tocado con el dedo.

—Me alegraría que lo viera usted para que se convenciera. Cuando terminamos el segundo, miré a ver si la había hecho daño, y nada, ni la menor señal. Luego le eché otro y me costó el mismo trabajo que el primero.

Y cuando nos íbamos a marchar se puso cachonda y pidió más. Con algún trabajo logré reanimar a la pitusa, y al ir a meterla tropecé con el mismo obstáculo. Talmente como si fuera virgo.

Don Ricardo meneó la cabeza en señal de duda.

Miguel volvió a repetir:

—Me alegraría que lo viera usted.

—¡El que se alegraría sería yo, muchacho!

—Pues si usted quiere la llamo...

—¡Arrea! ¡Para luego es tarde! Dila que mañana venga por la tarde, que la tengo que hablar de la capilla de San Babilón.

Miguel cumplió el cometido y Junanita acudió a la sacristía a la caída de la tarde del siguiente día.

( )

En aquel cuarto contiguo a la sacristía se respiraba un agradable olor a incienso. Sobre un arcón había una colchoneta de lana.

El buen padre recibió a Juanita muy cariñoso y la hizo tomar chocolate con él.

Cuando hubieron terminado la dijo:

—Mirá, Juanita. Tengo que decirte que en tí se ha obrado un milagro.

—¿En mí?—dijo la niña asombrada.

—Sí, en ti—contestó don Ricardo, sonriente.—Contéstame sin engañarme:

—¿Antes de ayer te has metido tú algo por... aquí —y la tocó con la mano el sitio indicado—, así... para recibir placer?

—No, señor; nada.

—¿Ni el dedo?

—Ni el dedo, nada.

¿Pues cómo cuando... Miguel..., vamos..., me entiendes?

—Sí, le entiendo, pero no sé cómo fué, yo no lo había hecho nunca...

Don Ricardo reflexionó.

—Bueno, súbete a esta mesa—la ordenó. Juanita obedeció y don Ricardo la puso boca arriba, la levantó las faldas, separó sus piernas y a la luz de una vela reconoció aquel dechado de perfecciones.

Juanita era una muchacha muy limpia y al abrir los muslos exhaló su sexo una agradable aroma a carne lavada y rociada de colonia.

Don Ricardo se mareó. Jamás había visto un estuche tan cerrado, tan rojo y tan limpio. Estaba acostumbrado a retozar con las damas que componían la Junta de Señoras de San Babilón y

estaba familiarizado con las barrigas gordas y los muslos como columnas y aquellos nidos de gruesos labios, pálidos y colgantes.

Pero como no había otra cosa se conformaba. No es extraño que en aquella ocasión perdiera la cabeza.

Pensó en Miguel y exclamó:

¡Rediós con el mozo qué suerte has tenido!

Pero no se anduvo por las ramas, y cortando toda reflexión, metió sus manos bajo las nalgas de Juanita y la atrajo hacia sí, pegando su boca a la almeja de la niña, como si fuera a tomar un aperitivo.

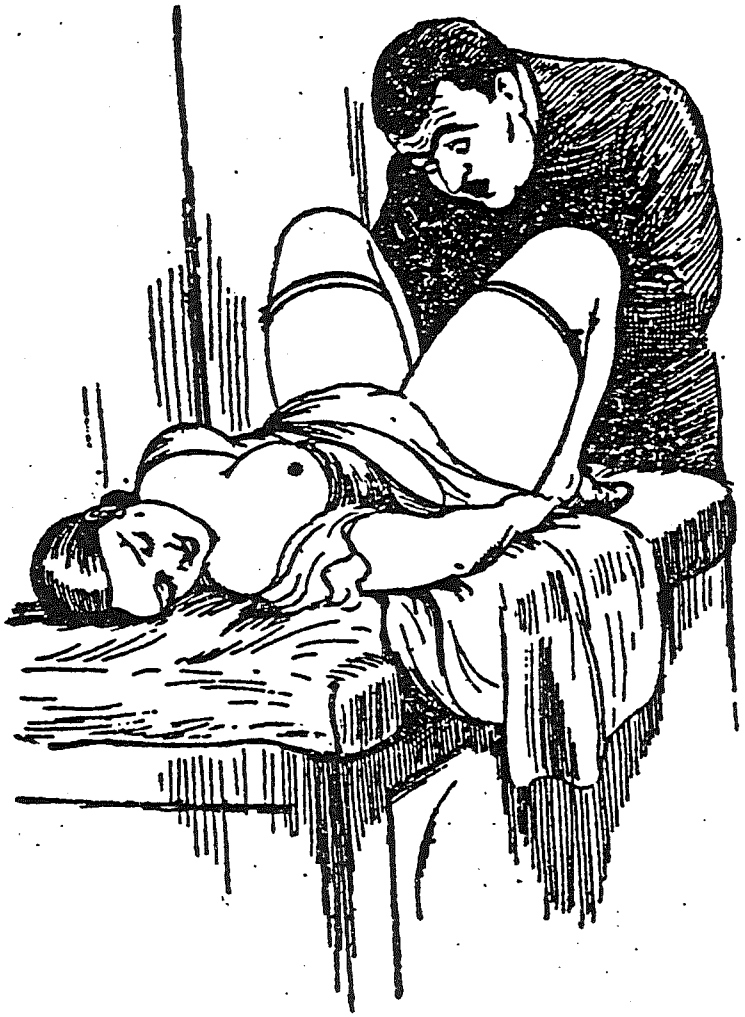
Y la sorbió con tal ansia y tal maestría que Juanita, para quien aquello era nuevo, creyó que se le iba la vida por la roja ventanilla, a medida que el sabio don Ricardo daba un lametón.

Cuando hubo terminado volvió a mirar y comprobó que aquello estaba herméticamente cerrado.

—Pues, señor, no lo comprendo—exclamó.

Apróximó aún más la vela y separó aquellos labios de coral y luego los más finos interiores. Un botoncito rosado campeaba orgulloso y retador en la parte superior. Don Ricardo no acababa de comprender el por qué de tal misterio.

Aquel santuario estaba herméticamente cerrado, al parecer. Quiso cerciorarse y tocó con su dedo índice.



...y lo miré con curiosidad y espanto.

Al sentir el contacto Juanita tembló de gusto; el presbítero empujó con la yema del dedo y notó una cierta resistencia, indicio de virginidad.

Se quitó las gafas, exclamando:

—No lo comprendo. Sin duda Miguel es un postinero y aquí no ha hecho nada.

Juanita callaba. La daba vergüenza decir la verdad.

Pero con tanto examen y tanto lameteo, se había puesto don Ricardo como un burro. Cogió a la bella criatura en sus brazos y la depositó sobre la colchoneta que había en el arcón.

—Veremos si es verdad esto del milagro. Te aseguro, vida mía, que como te tragues esta sin rechistar podrás decir que eres una santa, pues la mujer del alcalde, que lleva catorce años haciendo práctica, le cuesta trabajo admitir que entre toda.

—¡Ay, don Ricardo! ¿Qué va a ser de mí?—exclamó Juanita al ver lo que el presbítero sacaba de debajo de la sotana.

—No te apures, paloma; lo tomarás a pequeñas dosis, poco a poco, para no hacerte sufrir.

En efecto. Aquello era desmesurado. Gracias a tan maravillosas proporciones, don Ricardo tenía fama en el pueblo y en algunos de la comarca. La Junta de Damas de San Babilón se lo disputaban, habiéndose visto precisado a establecer turnos y días de ayuno para descansar.

Entre todas, la Presidenta, la mujer del alcalde tenía fama de valerosa y de grandes tragaderas, y aún así le costaba trabajo introducir tan desproporcionada pieza.

Pero Juanita era una caso extraordinario. Decididamente iba para santa.

Don Ricardo se tumbó sobre ella y empuñando el arbusto con la mano derecha lo apuntó certeramente, ayudados por los deditos de la moza.

Al contrario de la pieza de Miguel, ésta era fina en la punta e iba aumentando en grosor y luego estrechaba un poco. Podía decirse que era de forma elíptica.

Entraba con cuidado, pero Juanita se agarró con ambas manos a las posaderas del clérigo y dió tal embestida que quedó toda sepultada en el recóndito agujero.

En vez de gritar se rió con todas sus ganas al ver la cara de espanto que puso el presbítero.

Dos y hasta tres veces repitieron la suerte y cuando el bueno de don Ricardo sacó su masculinidad desfallecida, limpió cuidadosamente aquél santuario y lo miró con curiosidad y espanto.

Parecía que por allí no había pasado nada. ¡Estaba cerrado herméticamente, como un sexo infantil!

CAPITULO III

Aquello no podía quedar oculto. Tan inusitada maravilla no podía ser un secreto, y gracias a Miguel se supo en el pueblo y se dijo de oído en oído cobrando fama Juanita de virgen perpetua.

Juanita quedó casi en la miseria. Más de cuatro ricachones hubieran dado su mano y sus arcas a la moza, pero era tal su fama de incansable gozadora que no se arriesgaban, a pesar de su hermosura, temeroso de pasar inmediatamente a la cofradía de los cornudos. Juanita abandonó el pueblo y entró en Málaga una buena mañana de mayo.

Una amiga de su madre, vieja zurcidora de voluntades, la llevó a una casa de comidas con el

nombre de «El Hotel de la Manolita» y pronto Juanita fué la sultana de aquel harén.

A la semana de estar en el serrallo, la fama de Juanita se había extendido a toda la provincia y y sus adoradores hacían cola.

La Manolita, el ama, estaba radiante de alegría, pues con la muchacha se le había entrado por las puertas una mina. Una mina con una sola boca pequeñita y roja que era un encanto.

En vez de Juanita la llamaban «la Virgo de Hierro», pero los castizos hacían de estas cuatro palabras dos, llamándola la «Virgohierro».

Y con la «Virgohierro» se quedó. Porque has de saber, lector, que aunque ya había conocido Juanita a casi todos los «miembros» de la capital, seguía tan virgen como cuando su mamá la lanzó a este pajolero mundo.

ʃ ʃ

Una vez se hicieron apuestas y se recurrió a un picador de toros que, según fama entre las niñas de la Manolita y otras de otras casas, no había en este mundo otro hombre que ostentara un priapo de tan desarrolladas dimensiones.

Pero más que por lo largo, su fama residía en lo grueso.

Cuando el picador entraba en el salón de las niñas, todas temblaban temiendo ser elegidas,

pues a la que esto ocurría tenía que estar dos días andando espatarrada como un caballista.

La apuesta consistió en una gran merienda que el grupo perdido pagaría al ganancioso, y el fin de la apuesta era el que la «Virgohierro» no resistiría el empuje del robusto picador de reses bravas.

Llegó el día indicado, y previo el reconocimiento de un médico que certificó la milagrosa virginidad, dejaron en la alcoba solos a la moza con el formidable galán.

En el cuarto de al lado todos escuchaban en silencio con la curiosidad pintada en los semblantes.

Pasaron cinco minutos y de pronto se oyó un grito que puso a todos los pelos de punta, menos a uno de ellos, procurador, que era calvo.

Fué un grito de fiera herida.

—¡Ya está! – ¡Adiós virgo!

El picador salió sonriente, abrochándose los pantalones. Pero los gritos seguían. ¿Qué era ello?

Entraron todos en la alcoba y vieron a Juanita que chillaba porque del empujón del picador le había metido la cabeza por entre los hierros de la cabecera de la cama.

La sacaron de aquel dogal y miraron las sábanas, la camisa... Nada, ni el más leve rastro de rotura virginal.

El doctor reconoció el agujerito en cuestión y

lo vió en el mismo estado que antes de la prueba. El picador se rascaba el cogote. No comprendía aquello. Los que antes reían palidecieron. Habían perdido. Se celebró la merienda y la «Virgo-hierro» fué la reina de la fiesta, cubierta de azahar.

Fué proclamada virgen perpetua.

CAPITULO IV

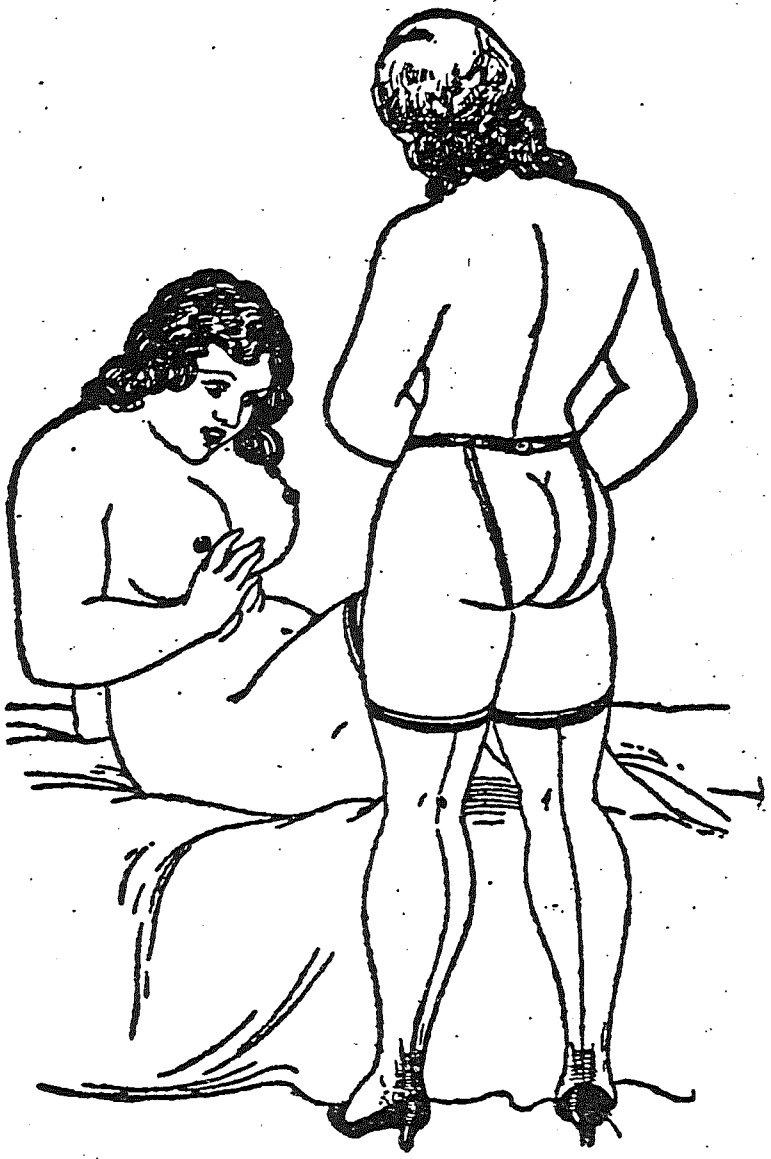
Pasó el tiempo y Juanita llegó a ser rica, enriqueciendo también a la Manolita. Tenía ya unos cuarenta años cuando se retiró del mundo, yendo a descansar a un convento. Estaba harta de carne y de ser sometida a las más duras pruebas. Legó al convento toda su fortuna y fué muy bien acogida por las madres.

En el convento hacía una vida de recogimiento y piadosa unción.

Las cosas habían cambiado notablemente y corrían rumores de que las tropas francesas habían invadido el territorio español.

Pero en el convento la vida discurría plácidamente. La madre Superiora era una morena de ojos verdes de una belleza singular.

Cuando las madres y hermanas se recogían en sus celdas, pasaba revista la Superiora para cerciorarse de que todo estaba en orden.



...aparecía Juanita con un enorme priapo de goma bábilmente unido...

En las celdas, que tenían sus puertas cerradas, miraba la Superiora por el ojo de la cerradura para ver si se entregaban al reposo, rezaban o eran tentadas por el demonio.

Esto lo hacía porque una vez vió a una hermana que estaba desnuda, conservando sólo las tocas de la cabeza y que se revolcaba en una alfombra dándo gritos ahogados.

Entró la madre y la tomó en sus brazos.

—¿Qué os sucede, hija mía?— la interrogó cariñosa.

—¡Ay, madre! ¡El demonio me estaba poseyendo! Ni la oración ni las disciplinas han podido ahuyentarle y al fín me iba a vencer cuando habéis entrado.

La madre sonrió. También ella era de vez en cuando tentada por el malo. ¡Sabía lo que era aquello! Hizo la señal de la cruz sobre el cuerpo de la hermana y quedó tranquila como por encanto.

Desde aquella noche redobló la vigilancia la madre. Había que ahuyentar al diablo. Lucifer no perdía ocasión de tentar a las pobres siervas del Señor.

Aquella noche, al llegar a la celda de Juanita miró como en las demás y tuvo que contener un grito de asombro.

Creyó que Venus Afrodita había descendido del Olimpo sobre aquella santa casa.

—¡Dios mío! ¿Cómo puede existir tal portento de belleza y hermosura?—se preguntó la madre.

En sus cuarenta y cinco años jamás había visto nada semejante.

Juanita, Sor Piedad, a la sazón, estaba desnuda completamente, tenía una jofaina con agua fría, en el suelo, y con una esponja se daba duchas cayendo el agua en frías perlas por las espaldas y por las nalgas.

Hacía calor, ¡mucha calor! y el agua refrescaba aquella carnes que sentía los aleteos del sexo insatisfecho por un año de abstinencia.

Se volvió y la madre la vió por delante.

Su asombro creció de pronto. ¿Era aquella criatura una mujer de cuarenta años? No, no era posible.

Llamó discretamente en la puerta y Sor Piedad se asustó cogiendo el hábito y cubriéndose los senos.

—Abra, hermana, soy yo—dijo la madre con voz cariñosa.

Abrió la hermana.

—¿Qué hacéis?

—Perdón, madre—dijo Sor Piedad cayendo de rodillas.

La madre veía su espalda, sus nalgas y sus robustas posaderas. Sintió un vahido.

—Cubríos, hija mía—la dijo—, venid a mi celda; allí os podré aconsejar sin temor a indiscreciones.

—Decidme, hermana: ¿Cuál fué vuestra vida en el mundo? A mí me han llegado rumores de que os presentan como un ser excepcional.

Sor Piedad contó su historia. La madre la oyó y en más de un momento su cuerpo recio y bien formado sufrió escalofríos.

—¿Y ese milagro, podría yo verlo?—preguntó con voz defallecida.

—Bueno, lo que vuestra maternidad ordene.

—No es orden, hermana, es un ruego.

Accedió Juanita. Se desnudó despacio y fueron apareciendo sus bellezas a los atónitos ojos de la Superiora.

—Madre—dijo Sor Piedad—¿Sería mucho pedir que vos me mostrárais vuestros encantos? A través de esas ropas toscas adivino un panorama tentador y digno de ser admirado. El calor convida a este panorama... ¡Sed buena, madre, complacemel

Accedió la Superiora y se despojó de sus vestimentas de estameña. Pero su carne estaba resguardada por fina camisa de hilo.

Quedaron con las medias de seda y destocadas sus cabezas, se desbordaron sus cabelleras, negra una y dorada la otra.

La madre entreabrió los sedosos muslos y vió el recóndito nido, intacto, infantil casi, a no ser por la espesura del rubio vello, como hebras de oro.

Sor Piedad reconoció el de la Superiora. Era grande, de gruesos labios, pero armónico y cerrado por la abstinencia. Pero Juanita introdujo un dedo y no puso resistencia. La madre se retorció epiléptica. Cuando la Superiora quiso hacer lo mismo con Juanita, no pudo pasar del umbral. Pero no sin esfuerzo penetró en el sagrado recinto, haciendo las delicias de la hermana.

—Es asombroso. ¡Sois virgen!

La noche descendía lentamente. El calor era sofocante. Un olor estival, gaditano. Del puerto llegaban rumores confusos.

En el revuelto lecho yacían las dos mujeres, formando un grupo lleno de gracia. De entre sus muslos salían sus cabelleras, como seda negra una; como un torrente de oro, la otra. Sus bocas, unidas a sus sexos, se crispaban cariciosas.

Cuando desunieron sus cuerpos, se incorporaron y contemplaron sus desnudeces.

Juanita era más fina, más esbelta. Pero no por esto la madre Superiora era inferior en belleza ni hermosura.

Era simplemente diferente. Recordaba una de esas mujeres pintadas por Rubens, opulentas en carnes, pero sin llegar a la exageración. Sentada como estaba al lado de Sor Piedad, no desmerecía. Sus gruesos senos aún se mantenían erguidos y como no había conocido más maternidad que la del claustro, los pezones se conservaban sonrosados, pequeños y tirantes. Sor Piedad la acariciaba los senos produciendo a la madre estremecimientos voluptuosos que la ponían en trance de volver a gozar.

Como lo notara Sor Piedad, retardó las caricias al tiempo que la susurraba al oído:

—Madre conservo algo que os va agradar. Lo pude incluir en mi equipaje y guardar cuidadosamente. Una secreta voz me decía que nos había de ser útil. Espere, vuelvo en seguida.

Poco después aparecía Juanita con un enorme priapo de goma hábilmente unido a un cinturón y unas correas.

La Superiora creía que era un cilicio, pero se alegró infinito cuando vió que Juanita lo adaptaba admirablemente bajo su vientre.

—¡Ajajá!—exclamó—. Ahora poneos como estábais aquella noche maravillosa y aguantad mi acometida.

Bien abiertos los muslos, Juanita apuntó y fué empujando levemente hasta hundir aquello en las entrañas de la Superiora, quien creía volverse loca al sentirse poseída, uniendo su boca a la de Juanita y juntando sus senos amorosamente...

CAPITULO V

Cuando se separaron el sol entraba por la ventana y besó sus cuerpos satisfechos acariciándolos suavemente.

Aquel día la madre Superiora y Sor Piedad quedaron en sus respectivas celdas, indispuestas.

Pero una hermana, de negros ojos de fiebre, miraba torvamente a la celda de Sor Piedad. Esta hermana sentía, como un presagio, que otra hermana la iba, en lo sucesivo, a suplantar en sus gratas funciones de favorita.

( )

Con los primeros resplandores del sol naciente llegaron los estampidos del cañón. Las tropas napoleónicas habían invadido la ciudad. La gente corría desalentada por las calles.

En el convento toda la comunidad se había reunido en el templo y oraba.

Las puertas fueron derribadas y la soldadesca invadió los claustros. Las monjas corrían desalentadas. Un granadero, de barba rubia, avanzaba con gesto fiero.

De pronto se abrió la puerta de una celda y apareció Sor Piedad con los brazos en cruz. Con voz ronca gritó:

—Tomadme a mí, pero respetad a la comunidad.

Magníficas palabras de la mártir.

El granadero la tomó en sus brazos y la poseyó bárbaramente, con la prontitud del gallo. Y después otro y otro más, hasta que toda la sección folgó con la propicia víctima. Cuando la soldadesca procaz y descreída se retiró ahita de placer, allí quedó Sor Piedad, sobre las losas, muerta, estrangulada...

FIN

¿POR QUÉ SUSCRIBIRSE?

LOCOS EROS 20 se compondrá de 11 tomos de otras tantas colecciones, más un estudio seso-erótico-jocoso, que hará el tomo 12 y que se enviará únicamente a cuantos se hayan apuntado a recibir todos los ejemplares, con lo que la tirada será exclusivamente del número de las suscripciones, más veinticinco ejemplares para el autor y depósito legal.

La numeración de su ejemplar no será la misma del resto de sus novelas, pero en el DEBE SABER llevará su nombre.

Si les ha interesado el tema, se comprobará por el número de ventas y suscripciones, publicaríamos 11 tomos de otras tantas diferentes colecciones. Y al final un nuevo estudio, serio y divertido a la vez, del director de la colección.

Las novelas del abuelo

Se casó con la abuela,

pero...,

le gustaban rollizas

La pluma encantadora de insaciables buceadores del alma en pecado mortal, le permitirá conocer todo sobre sus antepasados.
Su forma de ser, de pensar, de pecar

...porque eran de un verde...

¡INGENUOS!

UNA NOVELITA AL MES

PARA TENER PRESENTE EL PASADO

Rebusque en su baúl. Seguro que encontrará otras
Si es así, se las compramos.

E y P Libros Antiguos, S.L.
Alonso Heredia, 21 - 28028 Madrid (España)
Tel.: +34 91 726 61 52

SUSCRÍBASE A LA COLECCION LOCOS EROS 20

Para conocer las novelas de sus abuelos. Notable descuento para suscriptores

BOLETIN DE PEDIDO

Don.....
Calle.....
Ciudad.....Distrito Postal.....
Telf.:.....

Solicita suscribirse a la Colección LOCOS EROS 20, (once números), al precio de 900 pesetas por tomo, por lo que recibirá también el volumen nº 12 con un estudio de los libros publicados a cargo de Alberto Sánchez-Alvarez Insúa. El mencionado libro no se pondrá a la venta, pues únicamente se regalará a los suscriptores de la colección.

Esta suscripción la hago a través de la
Librería.....
Calle.....
Ciudad.....Distrito Postal.....
Telf.:.....
Donde recibiré los ejemplares según vayan apareciendo y siempre el mismo número de facsímil.

SUSCRIBASE EN SU PROPIA LIBRERÍA, ES LA MEJOR MANERA DE AYUDAR A LAS LIBRERÍAS Y A LOS LIBROS

SUSCRIPCIÓN EN LA EDITORIAL

Sin necesidad de anticipar el dinero

En caso de hacerlo directamente a E y P Libros Antiguos, S.L. el pago se hará por número aparecido, personalmente en la editorial

O abonándose el importe, por número aparecido, con tarjeta ____VISA o _____American Express, con fecha de caducidad_____

Nº_____,

y que se cobrará a la aparición del tomo, enviándose el ejemplar por correo certificado

..... a.....de.....1998

Firma,

Envíe sus datos a E y P Libros Antiguos S.L.
Alonso Heredia, 21
28028 Madrid
Para cualquier consulta +34 91 726 61 52